



Nuevos paradigmas para la formación y la comunicación

(Apuntes para el discurso pronunciado en el Ágora: Imagen y estatus de la formación profesional: ¿qué hacer? 29 y 30 de abril, Salónica, Grecia)



Ettore Gelpi

1933 – 2002

Los patricios de Atenas se formaban profesionalmente para brillar en la filosofía, las artes oratorias y los alegatos en el Foro. Se trataba de una formación profesional y a la vez de un tipo refinado de formación general que les permitía acceder al poder y conservar éste.

Las clases populares se formaban en las actividades más o menos nobles del comercio, o a través de la enseñanza infantil, para asegurarse condiciones de supervivencia, y dicha formación no estaba desprovista de elementos de formación general.

Así pues, las fronteras entre la formación general y la formación profesional no resultan tan evidentes. Lo evidente son las finalidades y el resultado de estas formaciones. Lamentablemente, en los cursos de formación profesional no se habla nunca ni de finalidades ni de filosofías, sino tan sólo de modalidades.

Las crisis y catástrofes que atravesamos hoy, desde las Torres Gemelas hasta el incremento del paro – adornado desde hace años por dudosas medidas paliativas –, surten reacciones de respuesta exclusivamente militar a problemas mucho más profundos. Países como Argentina

que se revelan incontrolables, crisis profundas de patronales y sindicatos recuestionan los sistemas educativos de los diferentes estados, que son también causantes de dichos problemas graves.

No debemos caer en el error de achacar a la esfera educativa la responsabilidad por un planeta con problemas de funcionamiento, pero tampoco subestimar su función. Los europeos han adoptado los ideales educativos de comienzos de la década de 1970, pero sin percatarse de que se trataba del gran momento de euforia económica europea, en el que existía un margen tanto teórico como práctico para desarrollar vínculos entre la formación general y la formación profesional.

Creo que en el origen el actual cambio de rumbo se sitúa la denominada crisis del petróleo y el comienzo de la feroz competición internacional en un contexto de avance de la globalización, junto a un debilitamiento progresivo de los sindicatos que tienen dificultades para defender la formación general de los trabajadores, considerada un lujo en los periodos llamados de crisis; éste va a ser el tema de mi intervención: el abandono por los expertos del tema de la formación general.



La formación general desaparece del orden del día

Yo he vivido personalmente la falta progresiva de interés por parte de quienes sostenían una y otra vez que la formación general no era fundamental para la formación profesional ni de los operarios ni de los directivos. Nuevos expertos de la dirección y de la formación, basándose en fuentes bastante temibles, comenzaron a hablar exclusivamente de una formación profesional cuya finalidad fuera la funcionalidad y eficacia de los trabajadores, y a menudo incitar a éstos a salir de la empresa en un plazo muy breve.

Formadores con un pasado culturalmente rico se transformaron así en ejecutores de una cultura procedente del exterior y que con frecuencia no reflejaba los intereses ni de la empresa ni de los trabajadores. Sólo algunos compañeros conseguimos mantenernos en un plano científico y con una vinculación estrecha no con ideólogos, sino con personas serias del ámbito empresarial y sindical. Los centros de venta de las nuevas formaciones se fueron multiplicando, con costes cada vez mayores y resultados cada vez peores.

Con ocasión de este coloquio, quiero decir un par de verdades, porque de otra manera nos quedaremos en adornos que no sirven nunca para nada. Nunca antes administraciones y empresas, o toda la sociedad en general, han tenido tanta necesidad de hombres y mujeres empapados de cultura, para afrontar los graves cambios que les atañen. ¿Qué puesto ocupan la ciencia y la tecnología? Ambas forman parte de esta cultura mientras no caigan en la tentación totalitaria y se mantengan dentro de sus funciones y de su espacio. Pero esta lucha histórica no es fácil, y he aquí el fondo de mi hipótesis. Si deseamos una formación que contribuya a responder a las necesidades sociales, es necesario también generar y formar a investigadores, profesores y funcionarios capaces de rechazar las presiones y la opresión de las estructuras de poder, nacionales o internacionales, que imponen formaciones técnicas que de hecho hieren de muerte a la auténtica educación. La formación de las personas comprometidas en sentido amplio en actividades educativas es fundamental, así

como la de los investigadores en el mismo ámbito. Es necesario resistirse a una prostitución subliminal de la que podemos ver los resultados. Reimpulsar la formación no significa desde luego dividir a los trabajadores por categorías de empleo en función de sus tareas específicas. El investigador tiene necesidad de formarse en filosofía, como la tiene el directivo; las matemáticas son fundamentales para sindicalistas y para ingenieros.

Un proyecto educativo de este tipo insuflaría nuevos alientos a la crisis educativa, que está bloqueada porque se limita a las estructuras y la legislación.

Tras 20 años de interrupción, los amigos del Cedefop me invitan a reflexionar de nuevo. Los amigos de Kameoka me conceden un Premio por haber contribuido a desarrollar desde hace 20 años en Japón las ideas educativas sobre el tema de la formación permanente, considerada exactamente con la perspectiva de un fuerte componente de formación cultural y de autoformación.

C. Griffin, en el capítulo Ettore Gelpi⁽¹⁾ insiste en las relaciones que éste establece entre formación, educación y cultura. Tres elementos simultáneos. La crisis es grave y se busca el análisis de otras fuentes. Mi lucha se ha desarrollado y está hoy reconocida porque jamás fue solitaria. He peleado siempre junto a otros grupos constituidos e independientes que comparten desde siempre estas ideas porque las viven y porque no sufren las presiones de las diversas formas de corrupción que han manipulado al sector educativo y de la formación profesional desde hace 30 años. Un obrero que trabaja como asalariado en la empresa, un inmigrante que se forma para sobrevivir en el nuevo país en que trabaja, una mujer que lucha por acceder a un trabajo y mantenerlo, un joven aprendiz que no se contenta con recibir un minisalario a fin de mes..... todos conocen bien el valor de la formación general para construir su futuro y no acabar desechados como una fruta exprimida. Les conozco y les he tratado. Hemos meditado juntos. Es frecuente que estas personas sean auténticos investigadores, e invito a los que me escuchan a referirse a ellos sin demagogia pero con un claro deseo de aprender, con curiosidad y amor.

⁽¹⁾ P. Jarvis, Coord. 20th Century Thinkers in Adult and Continuing Education, 2ª. edición, pp. 274-288



Yo he debido enfrentarme no sólo a instituciones manipuladas por quienes pagan – o fingen pagar – sino a veces también a los sindicatos que sufren la presión directa o indirecta de las instituciones nacionales o internacionales. Y la naturaleza amistosa de estos conflictos no limitaba por ello su duración.

Quizás me estoy enfadando seriamente con mis compañeros de profesión, con investigadores, profesores y funcionarios porque conocen los mecanismos del poder y, con el tiempo, el deseo de luchar por esta relación entre la formación general y la formación profesional, es decir, por la democracia educativa. Mis decepciones han sido y son aún numerosas, pero creo que mi función de trabajador que atraviesa el mundo educativo desde hace bastantes años no consiste en un derecho sino sobre todo en el deber de oponerse a estas manipulaciones.

Mucho me alegraría el ver a centros formativos, revistas o seminarios investigar y trabajar sobre este tema junto a los protagonistas de esta educación. Es evidente que cuando se habla de cultura es absolutamente necesario unirse a quienes se interesan por la formación general y la formación cultural; y cuando se habla de trabajo, me parece indecente que cada vez más personas hablen de éste sin conocerlo.

Me han invitado ustedes a participar en un renacimiento, pero se han equivocado de persona si tan sólo desean a alguien que les haga un análisis crítico de todos los textos aparecidos sobre la formación continua. Durante 30 años, los militantes de la cultura han ido transformándose en copias de directivos, por pensar que el conocimiento y el manejo de las tecnologías les eximía de seguir ampliando sus conocimientos culturales.